

1

Fue a principios del mes de Thot cuando la vi por primera vez. El general Paiis, mi superior, me había designado para escoltar a un heraldo real hacia el sur, hasta Nubia, en una misión de rutina; en el viaje de regreso nos detuvimos a pasar la noche en la aldea de Asuat. El río, que aún no había empezado a crecer, corría con lentitud; aunque tardábamos menos que en el viaje de ida, habíamos recorrido miles de estadios, y estábamos deseosos de volver a las comodidades del Delta a las que estábamos habituados.

Asuat no es el sitio que más me hubiera gustado visitar. Es poco más que un montón de pequeñas casas de adobe apiñadas entre el desierto y el Nilo; sin embargo, en las afueras hay un hermoso templo dedicado a Uepuauet, el tótem local, y al entrar y al salir de la aldea, el camino del río ondea agradablemente a la sombra de las palmeras. El heraldo al que yo custodiaba no tenía previsto que nuestra embarcación atracara allí, y parecía muy reacio a hacerlo. Pero el gastado aparejo, que habíamos estado vigilando con preocupación, acabó por romperse, y aquella misma tarde un miembro de la tripulación se dislocó un hombro; de modo que mi superior ordenó a regañadientes que se subieran los remos a bordo y que se encendiera una hoguera en la orilla, no lejos del templo de Asuat.

Caía la tarde. Al desembarcar vi el pilón del templo entre los árboles y un destello del canal por el que podían ascender los que iban a ver al dios. El agua estaba roja por el fulgor que despide Ra al ponerse. El aire era cálido y estaba lleno de motas de polvo; salvo los susurros y el gorjeo de los pájaros en los nidos, nada alteraba el silencio. Yo no tenía nada que hacer aquella noche, a menos que en aquel lugar los campesinos hubieran concebido un odio violento hacia los mensajeros del faraón. De cualquier modo, conforme a mis obligaciones, abandoné la playa, donde algunos de los marineros estaban recogiendo ya la poca leña que se podía encontrar, mientras el resto reparaba las jarcias, y fui a inspeccionar el camino del río y los escasos árboles, atento a cualquier peligro que pudiera amenazar a mi heraldo. No había ninguno, por supuesto.

Si hubiera existido alguna amenaza verosímil en aquel viaje, mi general habría designado a un soldado con experiencia para custodiar al hombre del rey.

Yo tenía dieciséis años, y hacía dos que había dejado la escuela para recibir instrucción militar; aún no había estado en ninguna acción de guerra, sin contar los frenéticos ejercicios de entrenamiento. Quería que me enviaran a uno de los fuertes orientales del faraón, donde las tribus extranjeras presionaban contra nuestras fronteras, fijando las miradas anhelantes en la lozana fecundidad del Delta. Allí tal vez habría hecho falta que desenvainara mi espada, pero sospecho que mi padre utilizó su influencia para mantenerme sano y salvo en la ciudad de Pi-Ramsés, pues terminé formando parte de la guardia personal del general Paiis, en un puesto de monótona tranquilidad. Continuaba con mi preparación militar, pero pasaba la mayor parte del tiempo vigilando los muros del general o montando guardia ante las puertas de su casa, por las que iba y venía un incesante caudal de mujeres nobles y hermosas plebeyas, ebrias y alegremente despeinadas o elegantes y engañosamente frías, ya que Paiis era apuesto y admirado y siempre tenía a alguien en su lecho.

He dicho «mi padre», porque así lo veo, pero siempre he sabido que soy hijo adoptivo. Mi verdadero padre cayó combatiendo en una de las primeras guerras del faraón y mi madre murió al darme a luz. Los que me adoptaron no tenían hijos varones, por lo que me recibieron con alegría. Mi padre es un mercader muy rico, y quería que yo siguiera sus pasos, pero algo en mí ansiaba la vida militar. Para complacerlo fui con él en una de sus caravanas al país de los sabeos, donde comercia con raras hierbas medicinales, pero me aburría y me sentía cada vez más incómodo cuando él trataba de hacer que me interesara por los paisajes que recorriamos y por las posteriores negociaciones con las tribus. Intercambiamos palabras acaloradas y, ya en Pi-Ramsés, cedió a mis súplicas y me inscribió en la escuela de oficiales adscrita al palacio. Fue así como me encontré caminando hacia el pequeño templo de Uepuauet, dios de la guerra, en un sereno y caluroso anochecer del mes de Thot, dios de la sabiduría, con la aldea de Asuat a mi espalda, el Nilo ondulando en silencio a mi derecha y, a mi izquierda, los estériles pegujales de los campesinos, pardos y arados.

Tenía verdadera curiosidad por ver el interior del templo. El único vínculo que conservaba con mis verdaderos padres era una pequeña estatua de madera que representaba a Uepuauet. Hasta donde yo podía recordar, había estado siempre junto a mi lecho, en una mesa. En mi infancia había acariciado sus curvas suaves durante las breves desdichas de entonces; me paseaba furiosamente ante él cuando algo agitaba mi carácter, lamentablemente fiero, y noche tras noche me quedaba dormido contemplando el fulgor de mi lámpara ante el largo hocico de lobo y las orejas puntiagudas del dios. Con él a mi lado nunca sentía miedo. Crecí con la caprichosa convicción de que mi madre le había encomendado resguardarme, de que ninguna amenaza, humana o demoníaca, podría alcanzarme mientras Uepuauet siguiera contemplando, con sus ojos fijos, los penumbrosos rincones de mi cuarto. La artesanía era simple pero delicada; la mano que había dado forma a la espada y la lanza, la que había tallado minuciosamente en el pecho del dios los jeroglíficos que significaban «El que abre los caminos» había sido tan devota como hábil, sin duda. ¿Quién lo había hecho? Mi madre adoptiva no lo sabía, y me ordenaba que no perdiera el tiempo en fantasías estériles. Mi padre me explicó que, cuando les fui entregado de muy pequeño, la estatua estaba envuelta conmigo en los pañales de lino. Me parecía dudoso que aquellos misteriosos progenitores muertos hubieran tallado con cuchillo la madera. Los oficiales de alto rango no hacen trabajos de artesano, y, por algún motivo, me costaba imaginar a una mujer tallando un dios de la guerra. Tampoco podía creer que la estatua proviniera de la pobreza de Asuat. El poderosísimo dios de la guerra era Montu, pero también se veneraba a Uepuauet en todo Egipto. Por fin terminé por suponer sensatamente que mi difunto padre, siendo militar, habría comprado aquella estatua para su altar doméstico. A veces, cuando tocaba al dios, pensaba en aquellas otras manos, las que lo habían hecho, las manos de mi padre, las manos de mi madre, y creía sentir una corriente de contacto con ellos a través de la pátina aceitada de la madera. Aquel apacible anochecer se me había brindado la inesperada oportunidad de entrar en la casa del dios y rezarle en sus propios dominios. Rodeé el extremo del canal y, después de cruzar el diminuto patio frontal, pasé bajo el pilón.

El patio exterior estaba ya lleno de sombras nocturnas, los adosquines se volvían borrosos bajo mis pies y las sencillas columnas que había a cada lado estaban envueltas por la creciente oscuridad, salvo en la parte superior, donde aún refulgía la última luz del sol. Al acercarme a las puertas dobles que conducían al patio interior, me agaché para quitarme las sandalias. Cuando levantaba una mano para entrar, una voz me detuvo.

—Las puertas están cerradas.

Me volví, sobresaltado. Una mujer había emergido de la zona sombreada por una de las columnas y estaba depositando un cántaro en su base. Dejó caer un paño en él y, presionando con una mano la parte baja de la espalda, estiró los músculos; luego vino hacia mí con paso enérgico.

—Al atardecer, el sacerdote oficiante cierra las puertas del patio interior —continuó—. Es lo que se acostumbra hacer aquí. Son pocos los aldeanos que vienen a orar por la noche. Trabajan demasiado durante todo el día.

Hablaba despreocupadamente, como si hubiera explicado lo mismo muchas veces y reparara en mí solo a medias; sin embargo, me descubrí observándola con atención. Su acento no recordaba en nada la pronunciación áspera y confusa de los campesinos egipcios; era claro, exacto y bien modulado. Pero tenía encallecidos los anchos pies descalzos, las manos toscas, las uñas rotas y sucias. Vestía la prenda informe de las campesinas: una túnica de paño grueso que le llegaba hasta las rodillas y se ceñía con un trozo de cuerda de esparto; de esparto era también el cordón que sujetaba hacia atrás su rebelde pelo negro. En la cara, muy bronceada, dominaban unos ojos límpidos e inteligentes, cuyo color (lo noté con sorpresa) era de un traslúcido azul claro. Al encontrarme con ellos sufrí la inmediata tentación de bajar la vista; este impulso me hizo sentir mal. Como joven oficial de la ciudad del rey, yo no cedía ante los campesinos.

—Comprendo —dije con más aspereza de la que habría deseado; volví mi atención hacia las inofensivas puertas del templo, tratando de hacerlo con desenvuelta autoridad—. En tal caso, busca a un sacerdote que me abra las puertas. Vengo escoltando a un heraldo real. Estamos de paso en tu aldea, pues vamos de regreso al Delta, y quiero aprovechar la oportunidad para expresar mi devoción a mi tótem.

Ella no retrocedió con una reverencia, como yo esperaba; por el contrario, se acercó más a mí, entornando aquellos extraños ojos.

—¿De verdad? —dijo con aspereza—. ¿Cómo se llama ese heraldo?

—Su nombre es May —contesté. El súbito interés murió en su cara—. ¿Vas a traer a un sacerdote?

Ella me examinó, prestando especial atención a las sandalias reglamentarias que llevaba en la mano, el cinturón de cuero del que pendía mi espada corta, el tocado de lino que llevaba en la cabeza y la pulsera que me ceñía el antebrazo, denotando el rango del que tanto me enorgullecía. Yo habría podido jurar que, en aquel momento, ella evaluaba correctamente mi posición, mi edad y los límites de mi autoridad sobre ella.

—No —dijo tranquilamente—. El sacerdote está en su celda, disfrutando de la comida nocturna, y no deseo perturbarlo. ¿Has traído un presente para Uepuauet?

Negué con la cabeza.

—En ese caso, harías mejor en volver al amanecer, antes de izar la vela, y rezar tus plegarias cuando el sacerdote inicie sus funciones. —Se volvió como para retirarse, pero se giró de nuevo—. Soy sierva de los siervos del dios. Por lo tanto, no se me permite abrirte la puerta. Pero sí puedo traerte un refrigerio: cerveza y dulces, o tal vez algo de comida. También es mi obligación atender las necesidades de quienes viajan al servicio del faraón. ¿Dónde habéis anclado?

Le di las gracias y, después de indicarle dónde descansaba nuestra embarcación, la vi recoger su cántaro y alejarse en la penumbra. Caminaba con tanta majestuosidad como mi hermana mayor, que había adquirido el porte correcto gracias a nuestra aya, una mujer que había entrado en nuestra casa tras haber trabajado en el harén del mismísimo rey. Me quedé mirando su recta espalda con una vaga sensación de inferioridad. Molesto, volví a calzarme las sandalias para regresar al barco.

Encontré a mi heraldo sentado en su taburete de campamento, mohíno, contemplando las llamas de la hoguera encendida por los marineros. Estos conversaban en voz baja a cierta distancia, en cuclillas sobre la arena. Nuestro navío era ya un bulto oscuro que se recortaba contra el cielo del crepúsculo; el agua que ondulaba suavemente contra su casco había perdido todo su color. Cuando me aproximé, el hombre levantó la vista.

—Supongo que en este agujero olvidado de los dioses no hay manera de conseguir una comida decente —me dijo a modo de saludo en tono fatigado—. Podría enviar a uno de los marineros a que pidiera algo al arconte, pero esta noche no soportaría verme rodeado de aldeanos boquiabiertos. Nos estamos quedando sin provisiones. Tendremos que arreglarnos con tortas e higos secos.

Me agaché a su lado, con la cara vuelta hacia el fuego. Después de comer, él se retiraría a dormir a su cabina del barco, pero yo tendría que turnarme con mi único subordinado para montar guardia mientras él roncara. También yo estaba harto de la comida fría, de las horas pasadas en el río, aburridas e incómodas, y de tantas noches de sueño interrumpido; pero aún era bastante joven para enorgullecerme de la responsabilidad que me obligaba a bostezar apoyado en la lanza en plena madrugada, cuando nada se movía, salvo el viento entre los escasos árboles que bordeaban el Nilo y las constelaciones que titilaban en lo alto.

—Dentro de pocos días estaremos en casa —respondí—. Al menos hemos hecho el viaje sin percances. En el templo he conocido a una mujer que nos traerá cerveza y comida.

—Oh —exclamó—. ¿Cómo es?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—Es tan difícil de describir como cualquier otra campesina, pero tiene unos raros ojos azules. ¿Por qué lo preguntas, señor?

Él soltó un resoplido de irritación.

—Todos los heraldos reales que viajamos por el río conocemos a esa mujer —dijo—. La loca de los ojos claros. Tratamos de no detenernos aquí, pero si es inevitable hacemos lo posible por mantenernos escondidos. Ella trabaja para el templo, pero bajo el pretexto de la hospitalidad nos importuna para que entreguemos un paquete al faraón. La conozco. ¿Por qué crees que tenía tantas ganas de pasar de largo ante este pozo de barro?

—¿Un paquete? —pregunté, intrigado—. ¿Qué contiene?

Él se encogió de hombros.

—Dice que es la historia de su vida; asegura que en otros tiempos conoció al Grande, que la exilió aquí por no sé qué crimen, y que él la perdonaría y revocaría su exilio si leyera lo que ha escrito. ¡Lo que ha escrito! —concluyó en tono desdeñoso—. ¡Dudo que sepa siquiera marcar su nombre en el polvo! Hice mal en no po-

nerte sobre aviso, Kamen, pero no hay mayor problema. Nos importunará un poco, pero al menos disfrutaremos de una comida.

—¿Entonces, nadie ha visto lo que hay dentro del paquete? —insistí.

—Por supuesto que no. Te lo acabo de decir: está loca. Ningún heraldo se arriesgaría a pasar vergüenza por acceder a su petición. Y quítate de la cabeza cualquier idea ilusa, jovencito. En los cuentos de las ayas, los campesinos pueden encontrarse finalmente ante la presencia del Señor de Toda Vida, pero en la realidad son animales torpes y estúpidos que solo sirven para sembrar, cosechar y atender los rebaños a los que se parecen.

—Pero ella tiene un acento educado —aventuré, sin saber por qué la defendía.

Él se echó a reír.

—Lo ha adquirido en tantos años de fastidiar a sus superiores, los que han tenido la mala suerte de topar con ella —replicó—. No la trates con amabilidad, si no quieres que te importune aún más. Los sacerdotes que la emplean deberían vigilar su conducta. Pronto no habrá nadie que quiera detenerse en Asuat para comerciar, adorar al dios o contratar mano de obra. Aunque sea inofensiva, resulta tan irritante como una nube de moscas. ¿Habló de sopa caliente?

Ya era noche cerrada cuando vino, casi sin hacer ruido. Salió de entre las densas sombras a la luz anaranjada y parpadeante del fuego, como una sacerdotisa bárbara; su cabellera, ya libre del esparto, se le alborotaba alrededor de la cabeza y se ondulaba sobre su pecho. Noté que se había cambiado la túnica, pero la que ahora llevaba no era menos tosca; aún iba descalza. Traía una bandeja, que depositó ceremoniosamente ante nosotros, en la mesa plegable que mi heraldo había hecho bajar del barco. Después de hacerle una reverencia, retiró la tapa de una olla y procedió a servir en dos cuencos una sopa de olor apetitoso. Al lado había platos con pan de cebada fresco y tortas de dátiles; lo mejor de todo: una jarra de cerveza. Sus movimientos eran elegantes y delicados. Ofreció la sopa primero al heraldo y luego a mí, con la cabeza inclinada, rodeando cada cuenco con ambas manos;

mientras atacábamos el caldo, realmente delicioso, a cucharadas, ella sirvió la cerveza y desplegó dos immaculados cuadrados de tela, con los que nos cubrió cuidadosa y discretamente las rodillas desnudas. Después de retroceder un paso, esperó con los brazos pegados a los costados que liquidáramos la comida; solo se adelantaba para volver a llenarnos los vasos o para retirar los platos vacíos. Mientras comía, me pregunté si habría servido en la casa de algún dignatario local; quizás el sumo sacerdote de Uepuauet (campesino también, pero necesariamente mejor educado que sus vecinos) le había enseñado a comportarse. Por fin, cuando los platos estuvieron apilados en la bandeja y cubiertos con el mantel, ya sucio, mi heraldo lanzó un suspiro y cambió de posición en el taburete.

—Gracias —dijo gruñendo.

La mujer sonrió. Su boca entreabierta me permitió ver unos dientes blancos y uniformes que centellearon un instante a la luz de la hoguera; de pronto noté que era guapa. La penumbra disimulaba las encallecidas manos, las finas arrugas que rodeaban aquellos ojos extraños, la sequedad opaca del pelo revuelto. Por un instante la miré fijamente, con audacia. Ella posó la mirada en mí; luego la volvió hacia mi señor.

—Ya nos conocemos, heraldo real May —dijo con suavidad—. Te detuviste con tu cortejo aquí el año pasado, cuando se os agujereó el esquife. ¿Qué novedades tienes del Delta?

—Ninguna —respondió May en tono inflexible—. Regreso a Pi-Ramsés desde el sur, tras una ausencia de varias semanas.

La mujer ensanchó la sonrisa.

—Evidentemente, en el norte pueden haber ocurrido hechos de suma importancia de los que nada sabes —dijo con burlona solemnidad—. Por lo tanto, no puedes darme noticias. ¿O acaso no quieres darme pie para una conversación? Te he dado de comer, heraldo real May. A cambio ¿no podría sentarme aquí, en la arena, y disfrutar de tu compañía un rato?

No esperó autorización. Deslizándose hacia el suelo, cruzó las piernas y se estiró la túnica sobre el regazo; me recordó la manera en que el escriba de mi padre se sentaba en el suelo, usando los mismos gestos para equilibrar la paleta en las rodillas, a fin de tomar el dictado.

—¡No tengo nada que decirte, mujer! —le espetó May—. La comida ha sido muy grata, y ya te he dado las gracias por ella. En Pi-Ramsés no sucede nada que pueda interesar lo más mínimo a alguien como tú, te lo aseguro.

—He molestado —dijo ella, volviéndose hacia mí— a este poderoso heraldo. Los importuno a todos: todos los hombres importantes que van y vienen apresuradamente por el río maldicen cuando se ven arrojados a la yerma costa de Asuat, pues saben que yo saldré inmediatamente a buscarlos. Al parecer, no se les ocurre pensar que también para mí es incómodo. Pero a ti, joven oficial de hermosos ojos oscuros, a ti no tengo el placer de conocerte. ¿Cómo te llamas?

—Soy Kamen —le respondí, con una oleada de indigno miedo por la demencial solicitud que iba a hacerme. Miré de soslayo a mi heraldo.

—Kamen —repitió ella—. «Espíritu de Men». ¿Puedo suponer que Men es el nombre de tu padre?

—Puedes —dije con sequedad—. Y yo puedo suponer que te ríes de mí. También yo te agradezco la comida, pero mi obligación es cuidar de este heraldo, que está cansado. —Me levanté—. Ten la bondad de recoger tus platos y retirarte.

Ella también se levantó de inmediato, para gran alivio mío, y recogió su bandeja. Pero no me libraría con tanta facilidad.

—Tengo que pedirte un favor, oficial Kamen —dijo—: es un paquete que debe ser entregado al rey. Soy pobre y no puedo pagar. ¿Quieres llevarlo en mi nombre?

«Oh, dioses», pensé, lleno de angustia. Y meneé la cabeza, sintiendo lástima por ella.

—Lo siento, señora, pero no tengo acceso al palacio —expliqué.

Ella me volvió la espalda, suspirando.

—No esperaba otra cosa —me dijo por encima del hombro—. ¿A qué ha llegado Egipto, si los poderosos no quieren escuchar las súplicas de los míseros? De nada serviría pedírtelo a ti, heraldo May, pues ya te has negado en otra ocasión. ¡Que durmáis bien!

Su risa desdeñosa quedó tras ella como una estela. Luego se hizo el silencio.

—¡Criatura inconsciente! —protestó mi señor con aspereza—. Organiza la guardia, Kamen.

Y se fue hacia el barco, mientras yo llamaba por señas a mi soldado y echaba arena al fuego. La comida se me estaba agriando en el estómago.

Escogí el segundo turno de guardia y, después de indicar a mi soldado el área que debía vigilar, me retiré con mi manta bajo los árboles, pero no pude dormir. El murmullo de las voces de la tripulación fue apagándose lentamente. De la aldea no llegaba ningún ruido y solo un sordo chapoteo ocasional revelaba la presencia del río, cuando algún animal nocturno atendía calladamente a sus asuntos. Por encima de mí, el cielo, cruzado por las ramas, bullía de estrellas.

Habría tenido que sentirme contento. Volvía a casa, a reunirme con mi familia y con Tajuru, mi prometida. Había completado con éxito mi primera misión militar. Era sano y vigoroso, rico e inteligente. Sin embargo, mientras estaba allí tendido, comenzó a invadirme una triste inquietud. Me di la vuelta en la arena, cerrando los ojos, pero la tierra, bajo mi cuerpo, parecía más dura que de costumbre; me magullaba la cadera y el hombro. Oí que mi soldado pasaba a poca distancia y se alejaba a grandes pasos. Me volví otra vez, pero de nada sirvió. Mi mente permanecía alerta.

Me levanté, después de ceñirme la espada, anduve entre los árboles por el camino del río. Estaba desierto: un destello gris cubría las palmeras y acacias. Vacilé, pero no tenía muchos deseos de ver la aldea, que en poco se diferenciaría de otras mil levantadas frente al Nilo, entre el Delta y las cataratas del sur. Giré hacia la derecha, sintiéndome cada vez más etéreo, en tanto el perfil oscuro del templo aparecía delineado por el claro de luna y las hojas de las palmeras que, sobre mí, susurraban su seco canto nocturno. El agua del canal estaba negra e inmóvil. Me detuve por un momento en la orilla empedrada, contemplando mi pálido reflejo sin rasgos. No quería volver al río. Giré a la izquierda para caminar junto al muro del templo. De inmediato me encontré rodeando una choza decrepita que se apoyaba contra la parte trasera del templo; ante mí se abrió el desierto, desplegado hasta el horizonte en olas empapadas de luna. Una línea de palmeras, que delimitaba las frágiles tierras cultivadas de Asuat, se alejaba ondulando a mi izquierda, como un débil bastión que contuviera el avance de la arena; todo eso, en penumbra, pero nítido bajo los penetrantes rayos de la luna.

No reparé en ella hasta que emergió de la intensa sombra de una duna, deslizándose desnuda, con los brazos en alto y la cabeza echada hacia atrás. La tomé por uno de esos muertos que, por yacer en tumbas no atendidas, vagan por la noche buscando venganza contra los vivos. Pero estaba danzando con tal vitalidad que mi escalofrío de terror desapareció. Su cuerpo esbelto y flexible parecía del color de la luna misma, blanco azulado, y la nube de su pelo era un parche de negrura que se movía con ella. Yo sabía que lo correcto era retirarme, que estaba presenciando un éxtasis muy íntimo, pero permanecía clavado allí por la intensa armonía de la escena. La inmensidad del desierto, el frío torrente del claro lunar y aquel apasionado acto de homenaje, expiación o intenso placer que ejecutaba la mujer me mantenían hechizado.

Solo me di cuenta de que la danza había terminado cuando ella se detuvo súbitamente, elevando al cielo las manos cerradas; luego pareció relajarse por completo. Había abatimiento en la curvatura de sus hombros mientras caminaba hacia mí; se agachó para recoger una prenda de vestir y luego aceleró el paso. De inmediato comprendí que iba a descubrirme. Me aparté apresuradamente, pero mi pie tropezó en una piedra suelta y me tambaleé, para caer contra la tosca pared de la choza a cuya sombra me había escondido. Debí de gruñir ante el dolor instantáneo en el codo, pues ella se detuvo para envolverse en la tela que llevaba y preguntó:

—Pa-ari, ¿eres tú?

Estaba atrapado. Maldiciendo por lo bajo, salí a la luz de la luna para enfrentarme a la loca. En la oscuridad que la rodeaba, sus ojos carecían de color, pero sus líneas eran inconfundibles. El sudor le brillaba en el cuello, goteándole por la sien. Hebras de pelo mojado se le adherían a la frente. Jadeaba levemente; su pecho subía y descendía bajo las dos manos que sujetaban el manto. La sorpresa no le duró mucho. Sus facciones ya estaban compuestas.

—Pero si es Kamen, el joven oficial —dijo con voz velada—. Kamen, el espía, que descuida su obligación de custodiar al ilustre heraldo real May, quien sin duda alguna ronca en bendita ignorancia a bordo de su pequeña embarcación. ¿Acaso en la academia militar de Pi-Ramsés preparan ahora a los reclutas para que espíen a mujeres inocentes, Kamen?

—¡Claro que no! —repliqué, confundido por lo que había visto y enfadado por su tono—. ¿Y desde cuándo las egipcias decentes bailan desnudas bajo la luna a menos que estén...?

—¿Que estén cómo? —replicó ella. Su respiración iba volviendo a la normalidad—. ¿Trastornadas? ¿Locas? Oh, ya sé lo que todos piensan. Pero esta es mi casa. —Señalaba la choza—. Este es mi desierto —añadió sacudiendo la cabeza—. Y esta es mi luna. Los ojos curiosos no me dan miedo. No hago daño a nadie.

—¿La luna es tu tótem? —pregunté, ya avergonzado de mi arrebato.

Ella soltó una risa torva.

—No. La luna ha sido mi perdición. Bailo en desafío bajo los rayos de Thot. ¿Eso me convierte en loca, joven Kamen?

—No lo sé, señora.

—Es la segunda vez que me dices «señora» esta noche. ¡Qué amable! Lo cierto es que en otros tiempos tuve ese título. ¿Me crees? Miré de frente su cara en sombras.

—No.

Ella sonrió ampliamente; el breve destello de alguna fiebre interna en sus ojos me produjo una punzada de temor supersticioso, pero luego sentí en el brazo sus dedos calientes y autoritarios.

—Te has hecho daño en el codo. Siéntate. Espera aquí.

Hice lo que me indicaba. Ella desapareció dentro de la choza y regresó casi de inmediato, con un bote de arcilla. Después de arrodillarse a mi lado, me cogió el codo y aplicó suavemente un bálsamo en la pequeña herida.

—Miel y mirra molida —explicó—. No creo que la herida se infecte, pero, si ocurre, debes remojarla en zumo de hojas de sauce.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Fui médica, hace muchísimo tiempo —respondió con sencillez—. Se me ha prohibido volver a practicar mi oficio. Robo esta mirra de las provisiones del templo para mi propio uso.

—¿Por qué te lo prohibieron?

—Porque traté de envenenar al rey.

La observé con decepción. Se había sentado abrazándose las rodillas, con la mirada perdida en el desierto. Yo no quería que aquella criatura extraña estuviera loca. Quería que estuviera en su sano juicio, porque eso me permitía añadir a mi conocimiento

de la vida otra dimensión, imprevisible y excitante, pero legítima. La previsibilidad me había protegido durante todos mis años de desarrollo. Había disfrutado de la seguridad de las comidas pre-
visibles, las enseñanzas pre-
visibles, el pre-
visible afecto de mi familia, las pre-
visibles celebraciones de los dioses. Mi pre-
visible compromiso con Tajuru, cuya familia tenía una sólida fortuna, era algo esperado y planificado. Hasta la misión en que me encontraba no había ofrecido aventura alguna: solo tareas y molestias pre-
visibles. Nada me había preparado para estar frente a aquella extravagante mujer que bailaba frenéticamente a la luz de la luna en un pueblo de labradores. Pero la locura haría que aquella nueva dimensión resultara ilegítima, una aberración que una sociedad sana haría bien en pasar por alto y olvidar después.

—No te creo —dije—. Vivo en Pi-Ramsés. Mi padre conoce a muchos nobles. Y nunca he oído hablar de eso que dices.

—Muy pocas personas se enteraron. Además, sucedió hace años. ¿Qué edad tienes, Kamen?

—Dieciséis años.

—Dieciséis. —Cambió de posición, alargando una mano en un gesto indeciso, extrañamente patético—. Fue hace dieciséis años cuando amé al rey, traté de matarlo y tuve un hijo. Yo misma tenía solo diecisiete años. En algún lugar de Egipto duerme mi hijo, sin saber quién es en realidad, de qué semilla ha brotado. O tal vez haya muerto. Procuro no pensar en él. El dolor es demasiado grande. —Se volvió y me sonrió con dulzura—. Pero ¿por qué has de creer lo que te dice el demonio demente de Asuat? A veces a mí misma me cuesta creerlo, sobre todo cuando friego el suelo del templo, antes de que Ra decida levantarse. Háblame de ti, Kamen. ¿Llevas una vida agradable? ¿Tus sueños comienzan a hacerse realidad? ¿A quién sirves en la ciudad?

Yo tenía que volver al río. La guardia de mi soldado acabaría pronto. Él me estaría esperando para que lo relevara. ¿Y si hubiera surgido alguna emergencia en el barco? Sin embargo, la mujer me retenía. No era por su locura, sobre la que ya no podía dudar. Lamentablemente, en eso tenía que estar de acuerdo con mi heraldo. Tampoco era por sus contradicciones, aunque me parecieran intrigantes. Ella era algo nuevo, algo que me atormentaba, pero también me serenaba el ka. Comencé a hablarle de mi familia, de

nuestra finca en Pi-Ramsés, de las batallas libradas con mi padre, que deseaba hacer de mí un mercader como él, y de mi triunfo final, al ingresar en la academia militar adscrita al palacio.

—Cuando me asciendan a oficial superior, quiero que me asignen a la frontera oriental —concluí—, pero hasta entonces estoy bajo el mando del general Paiis, que me tiene custodiando...

No dije más. Con una exclamación, ella me había cogido el hombro.

—¡Paiis! ¿Paiis? ¡Ese gusano de Apofis! ¡Esa rata de granero! En otros tiempos me parecía atractivo. Eso fue antes de... —Luchaba por dominarse. Retiré diestramente su mano de mi hombro. Se le había puesto fría—. ¿Sigue siendo apuesto y encantador? ¿Todavía comparte su cama con princesas? —Empezó a golpear la arena—. ¿Dónde está tu compasión, Uepuauet? He pagado cien veces por lo que hice. Me he esforzado por olvidar, por abandonar la esperanza, ¡y ahora me envías esto!

Se levantó con torpeza y pasó a mi lado corriendo. Apenas tuve tiempo de levantarme antes de que ella regresara con una caja. La alargó hacia mí, temblando. Su mirada era feroz.

—Escúchame sin prejuizar, Kamen, ¡por favor, por favor! Te lo ruego por el bien de mi ka: lleva esta caja a la casa de Paiis. Pero no se la entregues a él. Paiis la destruiría o algo peor. Ponla en manos de alguno de los hombres del rey que, seguro, van y vienen ante tus ojos. Pídeles que la entreguen a Ramsés en persona. Inventa lo que quieras. Di la verdad, si quieres. ¡Pero a Paiis no! Piensa de mí lo que se te antoje, pero si hay en tu mente una duda, una sola duda, ¡ayúdame! No te pido mucho, ¿verdad? El faraón se ve asediado con peticiones todos los días. ¡Por favor!

Fui a echar mano de la espada, con la reacción instintiva del entrenamiento. Pero me habían enseñado a defenderme de hombres hostiles, no de mujeres obstinadas que solo tuvieran un endeble control de su mente. Mis dedos se posaron en la empuñadura y allí se quedaron.

—No es a mí a quien debes pedir eso —objeté, manteniendo serena la voz—. No puedo abordar a esas personas con tanta libertad como piensas. Y si encargo tu gestión a alguno de los amigos de mi padre, él querrá asegurarse de su validez antes de arriesgarse a hacer un mal papel ante el Único. ¿Por qué no has

entregado tu caja al arconte de Asuat, para que la incluya en su correspondencia al gobernador de esta provincia y, a través del gobernador, al ministro del faraón? ¿Por qué molestas a los heraldos, que no te ayudarán?

—Aquí soy una proscrita —dijo en voz alta. Noté que se esforzaba por parecer razonable, pero tenía el cuerpo rígido, y la voz se le quebraba—. Soy hija de Asuat, pero para mis vecinos soy un motivo de vergüenza; me rechazan. El arconte me ha rechazado varias veces. Los aldeanos se encargan de que no se me escuche, negando lo que cuento ante quienes podrían ayudarme. No quieren que nadie hurgue en la llaga de su humillación. Por eso me presentan como una loca, algo irritante que pueden explicar honorablemente, y no como una asesina desterrada que trata de obtener el perdón. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera Pa-ari, mi hermano, está dispuesto a hacer nada, pese a que me ama. Sentiría ofendido su sentido de la justicia si el rey, por fin, me prestara oídos comprensivos. Nadie quiere arriesgar su posición por mí, mucho menos su vida. —Empujó suavemente contra mi pecho la caja que sostenía con ambas manos, mirándome a la cara—. ¿Lo harás tú?

Yo deseaba con todo mi corazón estar a quinientos estadios de allí, pues en mí había despertado la piedad, la única emoción que puede privar al hombre de toda su fuerza. Si aceptaba la caja, tal vez aquella locura obsesiva declinaría. Solo tenía una idea muy vaga de lo que sería para aquella mujer bajar al río mes tras mes, año tras año, para enfrentarse a la burla de los hombres a los que estaba forzada a recurrir: sus rechazos, el desprecio o, peor aún, la compasión de sus ojos. Ojalá no pudiera leer los míos. Si yo aceptaba la caja, la liberaría de aquella carga. Después podría arrojarla por la borda. Ella no recibiría una sola palabra de palacio, por supuesto, pero se consolaría con la idea de que el rey había decidido prolongar su destierro, simplemente, y tal vez encontrara la paz. Semejante engaño era indigno de un oficial al servicio del rey, pero ¿acaso no lo hacía con buena intención? Con un suspiro de culpabilidad, hice un gesto afirmativo. Las manos que levanté para recibir la caja se deslizaron sobre las de ella, que había dado un paso atrás.

—La llevaré —dije—, pero no creo que puedas esperar respuesta alguna del rey.

Una gran sonrisa se extendió por su cara; se inclinó hacia delante para darme un beso en la mejilla.

—Oh, la espero —dijo en un susurro, y yo sentí su aliento cálido—. Ramsés ya es viejo, y los viejos pasan mucho tiempo reviviendo las pasiones de su juventud. Me responderá. Gracias, oficial Kamen. Que Uepuauet te proteja y te guíe en mi nombre.

Ciñéndose la túnica al caminar, desapareció bajo la sombra de la choza. Yo me puse aquella maldita caja bajo el brazo y eché a correr hacia el río. Me sentía un traidor, pero ya estaba furioso por mi falta de voluntad. Tenía que haberla rechazado.

—Bueno, es culpa tuya, por permitir que la luna te embrujara —me reproché, mientras andaba dando traspiés entre los árboles—. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

No me sentía tan insensible como para arrojar aquella caja al Nilo. Cuando llegué al sitio donde me había acostado, la escondí bajo la manta y luego me apresuré a relevar al soldado. Pasé las horas que faltaban para el amanecer recorriendo los límites del terreno que tenía que vigilar con una gran desazón.

Mientras los marineros preparaban la comida matinal, me quedé en el patio interior del templo, escuchando a un sacerdote legañoso que cantaba las primeras saluciones al dios. No podía ver la forma de mi tótem a través de la puerta entornada del santuario, porque su servidor me bloqueaba la visión. Inhalando el débil humo del incienso recién encendido, que se enroscaba hacia mí en el aire matutino, efectué mis postraciones y traté de concentrarme en las plegarias que quería pronunciar, pero mis pensamientos se negaban a aclararse, y las palabras se atascaban en mi lengua.

Cuando la luz implacable de Ra se hubo elevado del todo en el horizonte, yo había dejado ya de regañarme por permitir que una simple campesina manipulara mi voluntad; estaba decidido a devolverle la caja. Estaba furioso conmigo mismo, pero aún más con ella, por cargarme con la responsabilidad de aquel objeto. Si lo conservaba, a mí me correspondería tomar las decisiones difíciles; me sabía demasiado honrado como para tirarla por la borda, para que el Nilo recibiera su peso. Mientras me arrodillaba y volvía a levantarme, murmurando mis ruegos con el corazón ausente, no dejaba de echar vistazos al patio, con la esperanza de ver a la mujer. Pero ella no apareció.

El sacerdote concluyó su adoración y las puertas del santuario se cerraron. Con una rápida sonrisa dirigida a mí, desapareció en uno de los pequeños cuartos que daban al patio. Sus dos ayudantes correataron tras él, y me dejaron solo. La caja permanecía en los adoquines acusándome en silencio, como un huérfano que reclama amparo. La cogí con brusquedad y crucé de prisa el patio exterior; después de meter los pies en mis sandalias, corrí dando la vuelta hasta el cobertizo pegado a la pared trasera del templo.

En el momento en que abría la boca para llamar a aquella mujer, caí en la cuenta de que no conocía siquiera su nombre. No obstante, elevé la voz a modo de saludo y aguardé, consciente de que los marineros estarían terminando el examen del barco y de que mi heraldo estaría deseoso de soltar amarras.

—¡Oh, maldita sea! —murmuré por lo bajo—. Y maldito sea yo por necio y blando.

La llamé otra vez, probando a empujar la esterilla de juncos tejidos que hacía las veces de puerta. Esta cedió, y me encontré ante la penumbra de una pequeña habitación de paredes desnudas y suelo de tierra apisonada. Un colchón delgado cubría un catre bajo de madera, asombrosamente bien construido; el barniz de las patas y el marco macizo tenían el brillo del producto caro en medio de la relativa pobreza de aquel ambiente. También la mesa que había a un lado y el taburete de los pies, aunque sencillos, eran evidentemente obra de un artesano. En el suelo había una tosca lámpara de arcilla. La choza estaba desierta, y yo no podía esperar más. Por un momento pensé en dejar la caja en el catre y huir, pero descarté la idea (no sin maldecir otra vez), porque me pareció indigna de mí. Tras dejar caer la esterilla de juncos a mi espalda, me dirigí de nuevo al río.

Cuando subí corriendo la rampa hacia la cubierta del navío, con la manta y el equipo bajo un brazo y la maldita caja bajo el otro, el heraldo soltó una fuerte carcajada.

—¡Así que por fin halló a un necio! —dijo riendo—. ¿Piensas arrojarla al río, joven Kamen, o te dejarás vencer por tus escrúpulos? ¿Qué hizo esa mujer para persuadirte? ¿Con un rápido revólver en su camastro, sin duda lleno de pulgas? Llevas allí una carga de problemas. ¡Recuerda lo que te digo!

No contesté. No lo miré siquiera. Él ordenó a gritos que recogieran la rampa y soltaran amarras. Mientras la embarcación se alejaba de la ribera, en la reluciente mañana, comprendí que aquel hombre no me gustaba en absoluto.

Mi soldado me había guardado pan y cerveza. Sentado a la sombra de la proa, comí y bebí sin apetito, mientras Asuat y su vegetación protectora se diluían a nuestras espaldas y el desierto barría los pocos sembrados y las aisladas palmeras restantes. La aldea contigua no estaba lejos, por supuesto, pero en tanto me sacudía las migajas de las rodillas, bebiendo los restos de la cerveza, descendió sobre mí el peso de la soledad, y deseé con fervor que aquella misión concluyera.